

## Crónica de una familia italiana en el Plata

### Chronicle of an Italian family in *El Plata*

Alfredo CORDIVIOLA<sup>1</sup>

**Resumen:** El presente trabajo describe la llegada a Montevideo y a Buenos Aires de los primeros miembros de la familia Cordiviola, procedentes de Lavagna, en la región de la Liguria. A partir del estudio de documentos familiares, cartas, actas parroquiales y bibliografía específica, se trata de reconstruir las diversas evoluciones de estos personajes y de sus descendientes, dentro de un marco cronológico de un siglo, que comienza en 1840, año del primer desembarque en los puertos del Plata, y se extiende hasta mediados del XX. Como en todo relato que se ocupe de migraciones, los destinos individuales están íntimamente entrelazados con los debates de ideas, las condiciones políticas locales y las relaciones de poder que definían el orden global de la época. La historia familiar que rememoramos en estas páginas es narrada en contrapunto con las circunstancias sociales, políticas y económicas que caracterizan los contextos italianos y rioplatenses de ese período, marcados por episodios tan significativos como las luchas que conducirían a la unificación italiana, el sitio de Montevideo, la participación de Garibaldi en los diversos frentes de lucha, la transición del período rosista a la república liberal en Argentina, la gran epidemia de fiebre amarilla, las olas de inmigración masiva hacia América, entre otros.

**Palabras clave:** inmigración italiana al Plata; siglo XIX; Cordiviola

**Abstract:** This paper describes the arrival in Montevideo and Buenos Aires of the first members of the Cordiviola family from Lavagna, in the Liguria region. From the study of family documents, letters, parish records and specific bibliography, the aim is to reconstruct the various developments of these characters and their descendants, within a chronological framework of a century, starting in 1840, the year of the first landing in the ports of *El Plata*, and extending until the mid-twentieth century. As in any story dealing with migration, individual destinies are intimately intertwined with the debates of ideas, local political conditions and the power relations that defined the global order of the time. The family history that we recall in these pages is narrated in counterpoint with the social, political and economic circumstances that characterise the Italian and *rioplatense* contexts of that period, marked by such significant episodes as the struggles that would lead to Italian unification, the siege of Montevideo, Garibaldi's participation in the various fronts of struggle, the transition from the *Rosista* period to the liberal republic in Argentina, the great epidemic of yellow fever, the waves of mass immigration to America, among others that are analysed in these pages.

**Keywords:** Italian immigration; 19<sup>th</sup> century; Cordiviola

Recibido: 13 de enero de 2022      Aceptado: 7 de julio de 2022

Dicen que el apellido Cordiviola deriva del latín “cordis”, corazón y “viola”, violeta, y evoca a los caballeros que iban al combate vistiendo indumentaria de tonos violetas. Más allá de las conjeturas etimológicas, el nombre Cordiviola (o Codeviola, o Cordeviola) puede ser rastreado, y aparece con cierta frecuencia, en documentos decimonónicos conservados en archivos y parroquias de la región

---

<sup>1</sup> Argentino. Doctor en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos, University of Nottingham. Profesor de la Universidade Federal de Pernambuco. Email [alfredo.cordiviola@gmail.com](mailto:alfredo.cordiviola@gmail.com)

de Liguria, en particular en tres comunas muy próximas entre sí de las que componen aquella región: Lavagna, Chiavari y Génova. En algunos casos, el apellido remite a figuras públicas que tuvieron alguna relevancia en su época, como Carmelo Cordeviola, nacido en Catania en 1774 y fallecido en 1827, poderoso obispo de actuación en Albenga en los años siguientes al desalojo de las fuerzas napoleónicas. O el conde Stefano Cordeviola, figura algo extravagante nacida en New Orleans y que al final de su vida debió partir exiliado a Francia, donde fallece en 1868. Del primero perduran registros de su actuación eclesiástica en la reorganización de la curia que había vuelto a la órbita del rey de Cerdeña; el segundo da su nombre a una plaza flanqueada por simétricos edificios situada en el centro de Lavagna, y a un orfanato que él mismo ayudó a fundar y que todavía perdura en funciones. Otros, sin embargo, como los que descansan en el monumental cementerio público de esa ciudad, fueron hombres y mujeres que vivieron sus vidas en un anonimato que cabe a historiadores y curiosos desenterrar. Para ello, entre tanto, no sería suficiente limitarse a una búsqueda en archivos locales. Como ocurrió con una considerable parte de la población italiana a lo largo del siglo XIX, muchos de los Cordiviola estarían inextricablemente vinculados a los destinos sudamericanos, e inscriptos para siempre en la profusa historia de la emigración.

Podían ser parientes cercanos o distantes, o a veces simplemente homónimos sin relación directa, pero lo cierto es que muchos individuos con ese nombre, ya en forma esporádica a partir de la década de 1830, y en mayor volumen en los veinte años siguientes, irían a zarpar del puerto de Génova rumbo a un lugar del mundo que les sería común, la cuenca del Río de la Plata.

Varios motivos confluyen para que fuera esa la región elegida en número cada vez más creciente por la inmigración ligur. Está claro que no todos los italianos que se instalaban en la cuenca eran de ese origen, y que no todos los ligures se dirigían al Cono Sur; muchos recalaban en destinos mediterráneos, como Cádiz, Marsella, Gibraltar o el norte de África, y, más tarde, irían a los Estados Unidos. Pero es evidente que, entre los treinta y los cincuenta, hay un manifiesto predominio de familias de esa procedencia que van a radicarse a Montevideo, a Rosario, a Buenos Aires, a Santa Fe. No se trata, por cierto, todavía, de las grandes olas inmigratorias que en la segunda mitad del XIX transformarían definitivamente la composición humana y el tamaño de esas ciudades, pero sí de una tendencia firme, que se mantiene consistente y tiende a crecer en el transcurso de los años. Como ocurriría durante la época posterior del auge inmigratorio, una gran parte de los recién llegados entre los treinta y cincuenta, aun los provenientes de medios rurales, iría a incorporarse a las diversas economías urbanas, donde había mayores posibilidades de obtener estabilidad y progreso. La gran expansión agraria en la “pampa gringa” se daría recién entre los ochenta y las dos primeras décadas del siglo XX. Para ese entonces, las ciudades de la cuenca ya se habían convertido en incipientes metrópolis articuladas a los flujos globales, o en pujantes centros comerciales de amplia influencia regional.

Como en todo fenómeno migratorio del pasado y del presente, las razones personales y familiares estaban entrelazadas con las condiciones colectivas y sociales. De la particular combinación de unas y otras dependía la decisión, a veces casi obligada, y siempre delicada, de partir. Muchos factores suelen ser considerados para explicar la llegada de millones y millones de europeos al continente americano. Por ejemplo, la instauración, durante el siglo XIX, de un vasto mercado de trabajo transatlántico, que ofrecía diversas posibilidades para la inserción de mano de obra extranjera. Sustentado por innovaciones tecnológicas, transportes más eficientes, establecimientos de rutas regulares, agentes privados, políticas públicas, propagandistas, potencialidades e ilusiones, ese mercado, causa y consecuencia de una creciente globalización, se irá a expandir notablemente a partir de los 1870 (pero sobre bases ya instituidas décadas antes), y operará como un gran foco de atracción para las masas de emigrados.

Por cierto, las regiones de origen de los migrantes estaban integradas a ese heterogéneo mercado, y muchos de ellos, como veremos más adelante, serían capaces de transitar entre una y

otra margen del océano con relativa asiduidad. Por otra parte, es frecuente aludir a las carencias existentes en los países europeos de origen, motivadas por las reconfiguraciones del proceso de industrialización, por el aumento poblacional, la escasa oferta laboral o la pobreza estructural, que tornaban cada vez más ardua la permanencia en el suelo patrio. A estos motivos económicos y demográficos habría que sumarles otros de carácter político o religioso, que históricamente actúan, en menor o mayor medida, como poderosos causales de emigración. En el caso de los contingentes procedentes del sur europeo, otro elemento relevante a considerar es la paulatina consolidación de cadenas migratorias, integradas por parientes, vecinos y conocidos, que en su entramado formaban multiplicadas redes sociales que acogían a los nuevos llegados y los ayudaban a adaptarse a la aún desconocida tierra extranjera.

Como para tantos otros contingentes de italianos en el Plata, la progresiva presencia de los grupos familiares sería decisiva para favorecer la llegada de diversos miembros de la familia Cordiviola. Entendamos esos grupos en un sentido amplio, no siempre definido estrictamente por un lazo sanguíneo. Primos, hermanos, parientes de segundo o tercer grado, pero también amigos, vecinos de la comuna o de pueblos próximos iban agregándose, y cada nueva llegada daba impulso a la siguiente. Marcados por una amplia movilidad espacial, atravesando las todavía precarias fronteras que recién más adelante delimitarían los dominios argentinos, uruguayos, brasileños y paraguayos, los miembros de esa constelación son, antes de todo, depositarios de memorias comunes. Son, así, los que después aparecerían como socios comerciales, como maridos y esposas, y como recíprocos testigos de bautismo o de casamiento (y de defunción) en las actas emitidas en el litoral fluvial, en la frontera agrícola o en las capitales del Plata.

La existencia de esas cadenas migratorias permite definir de antemano el lugar elegido para emigrar. Establecen relaciones de solidaridad y cooperación entre parientes y paisanos que de algún modo aspiran a reproducir, aunque en un contexto totalmente diferente, las relaciones imperantes en la patria chica natal. Son cadenas que comienzan a tornarse consistentes en los 1830, en el seno de las nuevas repúblicas independientes platinas, antes de la formación de los respectivos estados-nación modernos.

Hacia 1830, había aproximadamente ocho mil ligures y piamonteses viviendo en la región. Mucho antes de la unificación italiana, que recién se plasmaría en la década de 1860, no eran exactamente “italianos”, sino “sardos”, súbditos del Reino de Cerdeña y Piamonte. Luego del periodo napoleónico (1792-1814), la casa de Saboya había sido restaurada en el trono y volvía a gobernar en Torino. Las décadas siguientes fueron marcadas por grandes convulsiones proto-independentistas en el frente interno, y también por recurrentes conflictos internacionales, especialmente con Austria. En la Liguria, con la caída de la República auspiciada por la dominación francesa, surge en 1815 el Ducado de Génova, dependiente del reino. En el seno de ese orden van surgiendo voces disidentes, que se muestran hostiles a la anexión y ven en el gobierno sardo un enemigo. Para una burguesía formada por empresarios navieros, comerciantes, banqueros e intelectuales, de tendencias modernizantes y fuerte presencia en la región, el reino de Cerdeña parecía ser una rémora, ejemplo cabal de un antiguo régimen aquejado por la obsolescencia. Esa resistencia iría a intensificarse hacia fines de la década de 1840. Diez años después, sin embargo, en el auge del *Risorgimento*, alianzas entre las dos partes antes inconciliables permitieron allanar el camino hacia la unidad tan soñada. Tanto a Génova en particular, todavía bajo la tutela piamontesa, como al Reino de Cerdeña en su carácter de fuerza integradora, les tocaría cumplir un papel central en la consagración final del Reino de Italia, que sería instituido por Vittorio Emanuele II en 1861. El proceso de unificación se consolidará definitivamente en 1870, con la incorporación de Roma, aunque algunas regiones del norte, todavía en poder de los austríacos, deberían esperar hasta el fin de la Primera guerra mundial para conformar el mapa de Italia tal como hoy lo conocemos.

En ese tumultuoso contexto regional europeo, en que ideas revolucionarias confluyen y chocan con intereses nacionalistas, y mientras proyectos de gobierno restauradores, republicanos, reformistas y jacobinos luchan por la hegemonía, se solidifica la figura del exiliado político, que conspiraba desde los países vecinos tanto para librarse del yugo austríaco como para pensar un nuevo modelo de nación, que fuera capaz de incorporar las Sicilias, Nápoles, Toscana, Parma y el Véneto bajo una misma bandera. No todos los exiliados permanecían, sin embargo, cerca de los posibles campos de operaciones. Otros, por cuestiones políticas, o venidos como negociantes, artesanos, desertores o aventureros, se dirigían a lugares más distantes, como la América del Sur, favorecidos por el desarrollo de la flota mercante genovesa y por la consolidación de las rutas comerciales que atravesaban el océano. Desaparecido el monopolio español y portugués que había imperado en los tiempos coloniales, la marina genovesa, que ya operaba en esas aguas desde el siglo XVIII, estaba ahora en condiciones de adquirir una fuerte preponderancia en el dominio de las rutas marítimas que articulaban el comercio transoceánico con Brasil y el Plata. El incremento en el comercio ultramarino que se desarrolla en los 1830 y 1840 es causa y consecuencia a la vez del paulatino establecimiento en las márgenes del Plata, del Uruguay y del Paraná de colonias de inmigrantes ligures, encargados de los menesteres relativos al tráfico oceánico y de cabotaje de mercaderías y pasajeros. Esos inmigrantes son los que darían lugar a la creación de esas cadenas migratorias que no harían sino intensificarse, en número y expansión territorial, con el correr del tiempo.

Son esos los años en que Juan Manuel de Rosas se afianza en su segundo gobierno, que se había iniciado en 1835. Como se sabe, todo ese período, que concluirá en 1852, en Caseros, con su caída y definitivo exilio en Southampton, estuvo marcado por antagonismos cada vez más inconciliables entre unitarios y federales, replicados por blancos y colorados; por permanentes disputas y violencias entre las provincias de la Confederación; por la larga guerra con Montevideo y las tensiones con el Imperio de Brasil, y por delicados conflictos diplomáticos que provocarían los bloqueos navales de la cuenca ordenados por Francia e Inglaterra.

En esas casi dos décadas de hegemonía rosista, la cada vez más numerosa, y políticamente heterogénea, comunidad sarda va a mantener relaciones bastante ambivalentes con el gobierno. Ante las necesidades del comercio fluvial y la ausencia de agentes locales capacitados para atenderlas, los ligures comienzan a monopolizar la importación y distribución de productos de constante demanda, como vinos, tejidos, aceites, mármol, madera, entre otros. Ese tráfico se vería beneficiado por el reconocimiento por parte del Reino de Cerdeña de la independencia argentina y, después, de la del Uruguay, hecho que les otorgó un estatuto diferencial a los barcos de esa bandera real, por representar un estado no beligerante, por principio neutral tanto ante Francia e Inglaterra como ante los ejércitos locales. Muestra de la importancia que la presencia sarda estaba alcanzando en la región fue la decisión del rey Carlos Alberto de crear un consulado general en Buenos Aires, y de nombrar un vicecónsul en Montevideo. Entre los expatriados, sin embargo, el rey, como sus representantes consulares, estaba lejos de ser visto como aliado, y no pocos lo consideraban simplemente como una especie de enemigo.

Navegando con la insignia sarda, y en ciertas circunstancias, aunque de forma irregular, con la nacional, los buques controlados por ligures conseguían sortear los impedimentos ocasionados por los bloqueos y los diversos conflictos en las provincias, dedicarse a un próspero contrabando y mantener sus negocios con unas y otras partes. Navegaban entre divergencias, y por cierto (para insistir en la metáfora) no siempre en aguas calmas, pues debían situarse en un frágil equilibrio entre las sospechas que despertaban los extranjeros y la necesidad que había de ellos, entre el clima represivo y la relativa autonomía, entre los padecimientos de los conflictos platinos y las repercusiones de los conflictos italianos. De todas formas, está claro que, mucho antes de la gran afluencia de emigrantes de la segunda mitad del siglo, es en el período rosista cuando a ambos lados

del Plata y río arriba, los sardos, que en su gran mayoría eran ligures, adquieren un lugar definitivo en el devenir histórico de toda la región.

Tanto en la Confederación como en la Banda Oriental, los ligures y los restantes emigrados, forzados o voluntarios, “italianos” respondían a diversos intereses e ideas, así en relación a las luchas por la independencia y la unificación en la península como a las facciones que escindían la vida política del Plata. Las convicciones nacionalistas de los exiliados políticos convivían con las necesidades de los trabajadores manuales. El ideario independentista y reformador propulsado por Giuseppe Mazzini y los intelectuales y militantes congregados en la *Giovine Italia* venía en los barcos junto a la mano de obra iletrada formada por especialistas y aprendices en tareas artesanales. Lectores de Saint-Simon y Fourier eran compañeros de a bordo de hombres que ignoraban por completo el arte de leer. Emigrantes impulsados por efervescentes mitos que, entre frustradas tentativas revolucionarias, alimentaban una Italia republicana y libre, iban acompañados de otros emigrantes que tenían escasos o nulos vínculos activos con los campos intelectuales y la cultura literaria italiana, y que estaban mucho más preocupados por garantizar sus sustentos que por promover rebeliones o alterar el orden patrio vigente.

Así, una marcada heterogeneidad de origen, formación, participación pública e historias de vida será una constante en la evolución de los ciclos migratorios de procedencia italiana. Profesionales italianos dotados de saberes especializados, divulgadores de las innovaciones tecnológicas y epistémicas modernizantes europeas, como aquellos que, ya en la segunda década del siglo, Bernardino Rivadavia convoca para fomentar las bases institucionales de la emergente nación argentina —cartógrafos, arquitectos, matemáticos, ingenieros, pintores y naturalistas como Pedro Carta Molina, Octavio Fabricio Mossotti, Pablo Caccianiga, Carlos Pellegrini, Carlos Zucchi o los hermanos Descalzi— o a seguir, en la época de Rosas, con el ejemplo de la notable y prolífica labor historiográfica de Pedro de Ángelis, irán a convivir con la labor de cientos y cientos de trabajadores y comerciantes menos ilustres o anónimos que se dedicaban a importar, exportar, vender productos esenciales, construir y reparar viviendas y naves, trabajar la tierra, ofrecer servicios útiles para la vida cotidiana.

Esta incipiente multiplicación de nuevos habitantes, movidos por tan variados y divergentes intereses, se concentraba en mayor medida en determinadas áreas urbanas, en las que convergían las actividades comerciales, las oportunidades de trabajo y las tramas sociales resultantes de las cadenas migratorias. Ya desde la década de 1830, uno de estos puntos de confluencia se habrá de situar en la zona de la boca del Riachuelo y en la isla Maciel, el barrio que desde entonces estará decisivamente vinculado a la presencia italiana en Buenos Aires. Precursores de aquellos febriles trabajadores portuarios que serían pintados en el siglo XX por Benito Quinquela Martín, los ligures se encargan, entre nieblas y vapores, del armado de los barcos, de la carga y descarga de mercaderías y de las transacciones, mientras crean en La Boca casi una colonia, que epitomiza dentro de sus contornos las reinventiones territoriales, identitarias y laborales de la vida migrante.

Como ya mencionamos, en el territorio de la Confederación se irán formando otros importantes núcleos que concentran la presencia ligure, tales como Rosario, Santa Fe, Concepción y San Nicolás, algunos de los cuales, Rosario en primer lugar, crecerán exponencialmente en las décadas siguientes. También surgen considerables agregaciones en Asunción, en Salto, en Paysandú, en Colonia del Sacramento. Por razones estratégicas, comerciales y políticas, el más importante, junto al de Buenos Aires, estaría en Montevideo. En esa ciudad, el censo efectuado por Andrés Lamas en 1843 registra 6400 “italianos” (ligures en su enorme mayoría) en una población que ascendía a los 31.000 habitantes. No sorprende esta cantidad, ya que Montevideo (así como Pernambuco lo era para los que se dirigían a Brasil) solía ser el primer puerto de ingreso de los viajeros que iban al Plata. Muchos continuaban después hacia Buenos Aires o a otros asentamientos urbanos o incipientemente urbanos en el litoral, pero otros tanto se instalaban allí por varios años, o en forma

definitiva. En general residían en la Ciudad Vieja, junto a la zona portuaria, aunque también en considerable número en otros barrios, como Cordón o Cerrito.

En Montevideo, la década de 1840 es la de la interminable Guerra Grande (1839-1851) entre Manuel Oribe (apoyado por Rosas y la flota comandada por Guillermo Brown) y los partidarios de Fructuoso Rivera, conflicto marcado por el activo involucramiento diplomático y militar de ingleses, franceses y brasileños, con las derivaciones geopolíticas consiguientes. Los cuarenta es la década en que la ciudad sufrirá, a partir de 1843, un prolongado sitio de las tropas de Oribe y de los federales rosistas, en el que se establecen en el Uruguay dos gobiernos, uno de los blancos, que domina gran parte del territorio, y otro de los colorados, restringido a Montevideo y Colonia. Esa situación recién concluiría en 1851, cuando la alianza entre Justo José de Urquiza y las tropas brasileñas del Duque de Caxias anticiparía la reunión de fuerzas que al año siguiente iría finalmente a derrocar a Rosas.

Entre las evoluciones de la Guerra Grande y las restricciones motivadas por el bloqueo, la ciudad sitiada se convierte en uno de los centros de más intensa actividad contra el régimen rosista, reuniendo exiliados y perseguidos políticos que ven en el Restaurador al tirano que hay que derrocar, y que militan fervientemente con miras a ese objetivo. Como en Santiago de Chile, donde Sarmiento publica su *Facundo* en 1845, en Montevideo la intelectualidad exilada, miembros de la llamada “generación del 37”, alimenta la antinomia entre la civilización y la barbarie, con alegatos ensayísticos, autobiográficos y ficcionales que inauguran el vínculo, tan recurrente en la historia argentina, entre literatura y política. Allí están el Esteban Echeverría de “El Matadero”, el José Mármol que comienza a escribir el folletín *Amalia*, el Juan Bautista Alberdi que escribirá el texto matriz de la Constitución promulgada en 1853, las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, el Florencio Varela que instiga y celebra la intervención de las fuerzas inglesas y francesas para combatir al enemigo.

En esa coyuntura, es probable que, para muchos trabajadores “italianos” que allí estaban residiendo, los odios y proyectos políticos rioplatenses en pugna fueran cuestiones un poco distantes, con interferencia relativa en sus vidas cotidianas. Esa hipótesis, como dijimos, no se aplica, por cierto, a los exilados políticos provenientes de la península, que, con sus ideales republicanos y liberales, veían en el Plata una nueva encarnación de la lucha entre despotismo y libertad, entre el pasado y el futuro. Eso los llevaría a involucrarse en la campaña contra Rosas, y también en la llamada Revolución Farroupilha (1835-1845), trabada por las fuerzas republicanas y separatistas de Rio Grande do Sul contra el gobierno imperial de Don Pedro II. Varias figuras que habían luchado (y continuarían luchando) por la unificación italiana tomarían activa parte en esas insurrecciones. Uno de los más destacados sería el periodista y político Giovanni Battista Cuneo; el más famoso, Giuseppe Garibaldi. Garibaldi había llegado al Brasil en 1835, tras el fracaso de la revolución republicana que habían organizado junto al genovés Mazzini contra el reino sardo. Después de luchar en la guerra de los Farrapos, y de haber conocido a Anita, quien sería su esposa y gran compañera de luchas, en 1841 ya estaba en el Uruguay, donde participaría hasta 1848 en numerosas acciones militares al servicio del gobierno de Montevideo. En 1843 sería el fundador de la *Legione Italiana*, formada por entre 500 a 700 voluntarios de ese origen, que participaron en diversas batallas contra las fuerzas oribistas y tuvieron en todos esos años un activo papel en la defensa de Montevideo.

Miembros emigrados de la *Joven Italia* en el Cono Sur eran parte de un proyecto mazziniano que apuntaba a formar cuadros que pudiesen, cuando se diera el retorno, sumarse y aportar su liderazgo a las luchas de liberación en suelo italiano. Como dice Bonvini (2018: 44),

Durante los años treinta y cuarenta del siglo XIX, gracias a la labor de proselitismo, la difusión y la propaganda de los conspiradores fugitivos de los estados italianos, establecidos

entre los principales centros de Europa y América, el movimiento mazziniano se convirtió en uno de los principales movimientos de la diáspora que tuvo lugar en el mundo atlántico.

Los vínculos ideológicos afianzados a través de estas redes de exiliados que se diseminaban por Europa y las Américas ayudarían a instituir la noción de patria y el patriotismo como fuerzas motrices de las aspiraciones políticas del *Risorgimento*, y servirían de cimiento para solidificar la construcción del futuro estado-nación. Para aquellos emigrados, el exilio sería también un laboratorio de ideas y de prácticas insurrectas, que el presente inmediato proyectaba y exigía poner a prueba a uno y otro lado del Atlántico.

Ante el fracaso de la primera guerra de independencia en Italia, cientos de revolucionarios fallidos, y con ellos las ideas liberales y carbonarias, habían debido emigrar. Con un tránsito naviero ya instituido, comandado, como dijimos, en gran parte por ligures, el Uruguay se había transformado en una opción viable y relativamente accesible para pobres, desterrados y forajidos. Entre las décadas del treinta y del cuarenta, será en Montevideo donde se forme el grupo más orgánico de la *Joven Italia*. Allí, después de varios años en Brasil, se había establecido Cuneo, y, a partir de 1841, publicará la revista *L'Italiano*, dedicada a la divulgación del pensamiento republicano. Escrita en la lengua de la patria, la revista era una tribuna de propaganda y también un ámbito de reflexión sobre la actualidad política y la historia del país. Este órgano, y otros similares, como *El legionario italiano*, también fundado por Cuneo, constituían destacados puntos de apoyo, articulación y multiplicación de las diversas constelaciones transnacionales de expatriados políticos. No servían solo para vehicular ideas y promulgar una causa, sino también para que sus productores y lectores pudieran identificarse como una comunidad particular dentro de la más vasta comunidad de inmigrantes italianos que residían en la ciudad.

Evidentemente, cuando se examinan las listas de pasajeros que arribaban a Montevideo en aquellos años, es muy difícil saber quién venía por motivos económicos, o bien para hacerse la vida o sustentar a la familia que había quedado en la península, y quién embarcaba por motivos políticos, para salvar su vida o continuar conspirando. En esas listas aparecen apellidos que con el tiempo serían tan comunes en Génova, Chiavari o Sestri Levante como en Argentina o Uruguay: Berisso, Repetto, Gandolfo, Podesta, Canepa, Copello, Castagnino, Devoto, Tiscornia. Vienen en barcos de diversos tamaños (bergantines, goletas, escunas, bombardas), todos llevando bandera sarda. Solo para tener una idea, en 1840 parten desde el puerto de Génova con destino a Montevideo 46 navíos (una media de uno a cada siete o diez días). Entre ellos se cuenta un bergantín llamado “Sempre lo stesso”, al mando del capitán Agustín Ferraro. En la lista expedida el 22 de mayo de 1840 por el Consulado de la República del Uruguay en Génova, aparecen algunos de estos apellidos, y también el de Cordiviola.

En la enumeración, más completa que las que se registraban en el puerto de Buenos Aires, constan el nombre del pasajero, su lugar de nacimiento (“patria”), su edad, su profesión y el destino al que se dirigía. Había granjeros, empleados, sastres, carpinteros, zapateros, carniceros, negociantes, panaderos, albañiles. En total, eran solo cuatro mujeres, y cuarenta y tres hombres, entre ellos, tres Cordiviola: Giuseppe, de 42 años, Stefano, de 27, ambos con el oficio de sastre (*sarto*), y G. B. (Gio Batta), de 21, identificado como carpintero (*falegname*). Los tres habían nacido en Lavagna. Giuseppe y Stefano iban rumbo a Montevideo; G. B. (como trece de sus compañeros de viaje), descenderían antes del barco, en Gibraltar.

Giuseppe (que era el de mayor edad de entre todos los pasajeros) era el tío de los dos jóvenes hermanos Stefano y Gio Batta. Su hermano, Matteo, se había casado en 1811 con Tomasa Tiscornia en la principal iglesia de Lavagna, la hoy Basílica de Santo Stefano. Situado en lo alto de una colina, con una escenográfica escalinata, custodiada por dos leones, que conduce a una de esas panorámicas plazas que los arquitectos barrocos tanto apreciaban, el edificio fue consagrado a

principios del siglo XVIII. A su lado, el cementerio público, con sus inquietantes bóvedas y monumentos, compite en esplendor con las pinturas y esculturas que decoran los altares del templo. Como la iglesia en que fue bautizado, el primogénito Stefano, nacido el 14 de mayo de 1813, llevó el nombre del protomártir lapidado en Jerusalén. El matrimonio tuvo otros tres hijos, Teresa y Paola, que no emigraron, y Gio Batta, que como vimos fue de la partida en aquel año de 1840.



Santo Stefano, Lavagna

¿Qué los había llevado, al tío y a su sobrino, a Montevideo? ¿Por qué Gio Batta desembarca en Gibraltar? ¿Habrían tenido alguna participación directa o indirecta en la conturbada situación política genovesa? ¿Estaban huyendo por algún motivo, o simplemente lanzándose a la aventura de probar suerte en otro mundo? ¿Serían trabajadores empobrecidos, sastres y carpinteros, en busca de alguna oportunidad que el *paese* les escatimaba? ¿Qué vínculos tendrían con sus compañeros de viaje, todos oriundos de Lavagna o de ciudades vecinas? ¿Y quién los estaría esperando, si es que alguien había, en el lejano puerto de la ribera del Plata?

Muy poco, casi nada, sabemos sobre sus vidas en aquellos primeros años de su estadía en América. Parece ser igualmente verosímil que fueran exilados políticos, o emigrantes por motivos económicos, o quizás las dos cosas. Pero no tenemos modo de afirmarlo. En las listas que consultamos de integrantes de la Legión Italiana en Montevideo, no aparece el apellido Cordiviola. En el censo de la ciudad de Buenos Aires dispuesto en 1855 por Valentín Alsina, consta un José Cordiviola, viviendo con su esposa Pelegrina y cuatro hijos, Santiago, Vicente, Luisa y Mariquita. Residen en la parroquia de San Pedro Telmo; José es propietario, comerciante por menor, nacido en Génova, y lleva catorce años viviendo en Argentina. El registro informa que cuenta con 52 años, edad que no coincide con la anotada en la lista de pasajeros (si aquella fuera cierta, tendría que tener aproximadamente 57), aunque, en aquellos censos, la edad suele ser una de las variables más inexactas. De todas formas, podría ser el mismo José que había venido a Montevideo, o bien un



homónimo. Otros individuos con el mismo apellido aparecen en el censo, inclusive un Estevan Cordiviola, también nacido en Lavagna, viviendo en Barracas al Norte, pero se trata de un joven soltero, de apenas 21 años. En 1855, el Stefano del que nos ocupamos ya tendría 42, el doble de esa edad.

Al igual que en el caso de Giuseppe, tampoco tenemos informaciones acerca de las actividades y contactos de Stefano en sus primeros tiempos de emigrado. ¿A qué se dedicaba? ¿En qué círculos se movía? ¿No ha dejado registros, o todavía, quizás, no los hemos encontrado? Sabemos, al menos, que en 1845 se casó con una joven nacida también en Lavagna, que probablemente había recién llegado a Montevideo, Magdalena Marini. Para ese entonces, Stefano, que ya se ha transformado en Estevan conforme la grafía de la época, tenía 33 años. Magdalena, hija de Juan Marini y Benita Castagnola, contaba con 24. Es seguro que hubiera alguna relación preexistente entre las familias. ¿El casamiento obedecería a un común acuerdo entre sus padres? ¿O quizás Stefano y Magdalena tuvieron en sus adolescencias algún mutuo interés, que había permanecido vivo en esos años de ausencia?



Juan Manuel Besnes e Yrigoyen. Vista de oeste de la ciudad de Montevideo sacada del mirador de la casa de Don Juan María Pérez, acuarela y tinta sobre papel, 1848

Se casaron en la austera catedral de la Ciudad Vieja, el 29 de marzo de aquel año. El hermano de Magdalena, Giulio Marini, quien después sería el principal socio comercial de Estevan, fue uno de los padrinos. Vivieron en ese lugar flotante, que se llama emigración, y, además, en una ciudad en permanente estado de sitio, bajo una normalidad rodeada de amenazas, teniendo por vecinos a exiliados, perseguidos, soldados, espías, conspiradores. Era una ciudad que, a pesar de la guerra, exhibía un comercio local y exterior floreciente, en la que convivían las líneas defensivas coloniales con elementos urbanísticos y edificios que anunciaban la modernidad. Litografías y pinturas de la época, como la acuarela que el pintor vasco Juan Manuel Besnes realiza en 1848, muestran, o pretenden mostrar, una ciudad ordenada, bañada por las aguas, con un puerto en plena actividad, puntuado por navíos de varias banderas, y las dos torres de la Matriz (desde donde los sitiados vigilaban a la distancia a los sitiadores) sobresaliendo en el horizonte. Pueden allí verse el Teatro Solís en plena construcción, el Cabildo y la Plaza de la Constitución, el llamado Templo inglés con su pórtico clásico y sus torres almenadas recortadas contra el río, las azoteas y tejados que se superponen, a lo lejos el Cerro, todo bañado por un cielo amplio, cubierto de nubes.

En ese rincón tan singular, y en esas circunstancias tan peculiares, Estevan y Magdalena tuvieron dos hijos, a quienes les colocaron, como era norma entre los italianos, los nombres de sus antepasados: Adela (Adelaida Tomasa Benita), nacida en 1846, y Mateo, nacido en el mes de enero (como su hermana) pero de 1848. Ambos fueron bautizados en la Parroquia de San Francisco, situada a unas cuadras de la Matriz en dirección al río. En esa misma iglesia, el 26 de marzo de 1842, se habían casado Garibaldi y Ana María de Jesus Ribeiro, la joven brasileña de Laguna que alcanzaría la fama como Anita Garibaldi. Hacia 1849, aunque el sitio no había concluido todavía y Rosas permanecía aún en el poder, las condiciones parecían estar cambiando. Ese año, en el que Anita Garibaldi irá a fallecer en las lejanas planicies de la Emilia-Romagna, concluye el bloqueo anglo-francés contra el gobierno de Buenos Aires, lo que posibilita una cierta remoción de las trabas comerciales vigentes y multiplica los negocios en la plaza porteña. Por uno o por varios motivos, muchos son los inmigrantes que deciden atravesar el río e iniciar, o reiniciar, una nueva vida. Estevan, Magdalena y sus dos hijos son una de las tantas familias que emprenden ese rumbo. Se embarcan en junio de ese año, curiosamente en días y barcos diferentes: Estevan llega el 21, en el “Lusitano”. Su esposa, anotada por prisa o engaño como “Magdalena Cordevioles, dos chicos”, lo hace al día siguiente, en el bergantín “Atahualpa”. Ya no volverían a residir en el Uruguay, aunque en años posteriores, volverían a pasar por allí, camino de Europa.



Anita Garibaldi en Italia, 1847/1848

Magdalena embarca embarazada de su tercer hijo, que nace ya en Buenos Aires tres meses después, en septiembre. Henrique Pablo Estevan lo llaman. Hubo también un cuarto y último, Adolfo, nacido el 18 de mayo de 1853. Los dos varones porteños fueron bautizados en la Parroquia de Sagrario al Sud, o también San Ignacio. La iglesia, que había sido por un tiempo distinguida como catedral interina, es la más antigua que se conserva en la ciudad; forma parte de la “Manzana de las luces” junto con el Colegio Nacional y diversas instituciones políticas, religiosas y culturales que allí tuvieron sede. En su actual ubicación de la calle Bolívar, había sido levantada por los jesuitas en la segunda mitad del siglo XVII. La planta de la actual edificación fue diseñada por el hermano Juan Kraus, que había nacido en Bohemia, como muchos otros jesuitas actuantes en Sudamérica.



Vista de la Plaza de la Victoria con la Recova Nueva, la Pirámide y parte del Cabildo. Al fondo, las torres de la iglesia de San Ignacio. Fotografía de Esteban Gonnet, 1864.

El predio sufrió numerosas modificaciones y para mediados del XIX ya había sido testigo de los principales acontecimientos que marcaron el devenir de los tiempos coloniales hacia la independencia, y de la independencia hacia el rosismo. De allí, como de todos los dominios de la Compañía, habían sido expulsados al destierro los jesuitas, en cumplimiento de la Pragmática Sanción ordenada por Carlos III en 1767. Allí se había celebrado la reconquista después de las invasiones inglesas principios del XIX; allí están los restos de Juan José Castelli; allí funcionó la Biblioteca pública en tiempos de la Primera Junta y allí fue inaugurada la Universidad de Buenos Aires. Para cuando nace Adolfo, le estaban agregando la segunda torre, que da al norte, la que hasta hoy ostenta el reloj que otrora había pertenecido al Cabildo. Así, con dos torres que parecen altísimas, se la verá en una de las notables fotografías que el francés Esteban (Victor Etienne) Gonnet, pionero del documentalismo urbano y rural, registra en la ciudad en 1864.

Un siglo después del nacimiento de Adolfo, la iglesia en la que él y su hermano habían sido bautizados fue escenario de los violentos acontecimientos del 1955. Inmediatamente después del infame bombardeo de la Plaza de Mayo llevado a cabo en junio por aviones de la Marina, y tres meses antes del golpe que derroca al presidente Juan Perón en septiembre, grupos organizados vandalizaron diversos templos católicos de la ciudad, en represalia al apoyo que la Curia daba a los golpistas. Muchas iglesias fueron saqueadas, parcialmente destruidas e incendiadas. En San Ignacio, los destrozos fueron de enorme magnitud, tanto en el interior de la planta como en sus archivos, que fueron, salvo por fragmentos de algunos pocos libros, totalmente devastados. Más de tres siglos de documentos, de incalculable valor histórico, fueron consumidos por el fuego, incluyendo las actas que testimoniaban el nacimiento de Enrique y Adolfo.

Un documento conservado por la familia, sin embargo, permitió recuperar la fecha y el lugar en que habían sido inicialmente registrados. Se trata de una declaración de 1854, legalizada por el Consulado General del Reino de Cerdeña en Buenos Aires, en que se anotan los datos de las respectivas actas de bautismo de ambos párvulos. Quien firma el documento es el cura Rector de la parroquia, don Apolinario del Carmen Heredia, que, desde los tiempos de Rosas en adelante, conservará un significativo poder en la sociedad porteña hasta bien entrados los 1860. Su antecesor, signatario de la primera partida transcrita en esa declaración, también era una figura muy influyente de la era rosista. Se trataba del canónigo Felipe Elortondo y Palacio, que había dirigido la parroquia hasta 1852. Elortondo y Palacio aseguró su lugar en el recuerdo no solo por haber sido miembro de la Junta de Representantes y Director de la Biblioteca pública, sino principalmente por dos motivos: porque convivió sucesivamente con dos mujeres durante largos años (Anastasia Díaz, “la barragana de Elortondo”, y María Josefa Gómez, con quien tuvo hijos), y por haber sido el mentor del padre tucumano Uladislao Gutiérrez, a quien recibió en Buenos Aires. Elortondo lo asignó a la Parroquia del Socorro, la misma en la que los hermanos Adela y Adolfo Cordiviola irían muchos años después a casarse y a bautizar a sus respectivos hijos. Allí, el padre Gutiérrez conocería a la señorita Camila O’Gorman, hija de un poderoso hacendado local. La historia, ayudada doblemente por las repercusiones que en la época tuvo en los dos lados del Plata y por la película de María Luisa Bemberg que rescató el episodio en los 1980, es hoy conocida por todos: Uladislao y Camila se enamoraron, huyeron, vivieron felices, fueron descubiertos y finalmente fusilados.

En el año en que esa declaración fue emitida, o, para ser exactos, al año siguiente, cuando se realiza el ya mencionado censo de 1855, la ciudad de Buenos Aires contaba con 92.000 habitantes, 38.000 de ellos extranjeros. Entre las comunidades más populosas, los uruguayos tenían más de 3.000; los españoles, alrededor de 6.000, como los franceses. Los italianos, la mayor de todas, superaban los 10.000. Entre ciudad y campaña, la provincia de Buenos Aires constituía un estado autónomo, separado del resto de la Confederación. Poseía una constitución propia y el control total de la Aduana, situación que se extendería hasta 1861, cuando a partir de la batalla de Pavón comenzará a ser definida una nueva y durable composición para el país. Después de Pavón, con la derrota de Urquiza y el triunfo de Mitre, la ciudad-puerto se consolida como el poder central, en detrimento de las provincias. Con las sucesivas presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda se solidifica y se torna perdurable un nuevo modelo de organización nacional, basado en la férrea hegemonía porteña, una economía agro-exportadora y un culto a la modernización, que se consagraría con la generación del ochenta.

Definitivamente ausente Rosas de la escena política, entre esos cruciales años de los cincuenta y sesenta, Buenos Aires va lenta y constantemente transformando su apariencia urbana y su densidad poblacional, preparando el terreno para el gran salto modernizador que, acompañando la llegada de la inmigración masiva, se desarrollaría en las tres últimas décadas del siglo. Es por entonces una ciudad que se ve en el espejo de las escenas costumbristas y orilleras de Juan Leon Pallière, que testimonian, como había hecho antes en Rio de Janeiro Jean-Baptiste Debret, las singularidades de la vida cotidiana, pero también en las vistas fotográficas de Benito Panunzi, que revelan con afán documental las nuevas apariciones edilicias que iban puntuando el paisaje urbano.

No es solo Buenos Aires; también Rosario adquiere en esas dos décadas otra relevancia en el panorama nacional. La villa no había podido prosperar durante la época rosista. Su embarcadero, como otros que estaban sobre el Paraná y el Uruguay, había permanecido cerrado a la navegación de buques extranjeros. Pero pocos meses después de Caseros, bajo el auspicio de Urquiza, es ya declarada ciudad, y su puerto natural comienza a registrar una firme actividad, que se intensifica a partir de 1856, cuando se promulga la ley de derechos diferenciales que le permite comerciar directamente con Europa. Favorecida por su estratégica posición, rápidamente se transforma en el

centro neurálgico de las rutas fluviales y terrestres de la Confederación Argentina. Esta situación posibilita un considerable aumento en la producción agrícola, y la consiguiente afluencia de migrantes, que se multiplicará en gran escala a partir de 1870, con la llegada del ferrocarril y del telégrafo.

Como no podía ser de otra forma, gran parte de esos migrantes eran ligures. Al visitar la ciudad en 1855, Benjamín Vicuña Mackena se admira al ver por doquier la cruz sarda, y la define como “una colonia italiana fundada por los navegantes del río, esos sobrios y laboriosos genoveses en cuyas manos está como monopolizado todo el comercio del Plata”. Los mismos apellidos, provenientes de las localidades costeras de la Liguria, ya diseminados por Montevideo y Buenos Aires, vuelven a aparecer aquí. Entre ellos se encuentran los primeros Cordiviola de los que hay registro, tres hermanos llegados en la década de 1850, Domingo, José y Ana, naturales de Chiavari. Dedicados al comercio y a la explotación agrícola, tendrían numerosos hijos rosarinos, el más célebre de los cuales fue Juan Bautista, el segundo hijo de Domingo. Juan Bautista había nacido en 1870, fue presidente de la Bolsa de Comercio en tres oportunidades, presidente del Mercado General de Productos Nacionales y fundador del Club de Regatas. Durante su presidencia en la Bolsa fue adjudicada la construcción del espléndido edificio afrancesado que, inaugurado en 1929 en la esquina de las calles Corrientes y la peatonal Córdoba, le sirve de sede. Juan Bautista no llegó a verlo concluido; falleció en Suiza en 1927. Sus restos fueron velados en una de las dependencias de la institución, y después llevados en cortejo fúnebre por el centro de la urbe. Una de las calles de la ciudad, en las inmediaciones del río, recuerda su nombre; precisamente en la intersección de esa calle con la avenida Génova está situado el estadio del Club Atlético Rosario Central, también conocido, gastando una hipérbole, como “el Gigante de Arroyito”.

Dispersos por el Plata, los Cordiviola, muchos de los cuales, por cierto, no se conocerían entre sí ni estarían directamente emparentados, iban abriéndose caminos en la nueva patria. En la Buenos Aires de 1854, encontramos a Estevan en la lista de donantes para la fundación del Hospital Italiano, que estaba siendo creado ese año. Su nombre está incluido en el “Primo elenco dei sottoscrittori per l’Ospedale Italiano da erigersi in Buenos Aires sotto l’alta protezione di S.M. il Re di Sardegna”, integrado por más de 500 contribuyentes. Durante el resto de esa década y en la siguiente, Estevan tiende a multiplicar sus negocios y se torna relativamente próspero, manteniendo intereses comerciales en ambos lados del Atlántico.

Un lugar común asociado a la historia de las inmigraciones suele representar a los migrantes de esa época como sujetos que abandonan sus patrias, se integran tarde o temprano a la nueva tierra y allí mueren, sin haber retornado jamás a sus países de origen. Esa es la imagen que devuelven los personajes extranjeros de los sainetes y del grotresco, géneros en boga en la escena teatral porteña de las últimas décadas del XIX y primeras del XX. Son figuras que sobreviven, a veces a duras penas, inmersos en conventillos y sin mayores esperanzas de poder cumplir algún día el sueño de “hacerse la América”. Contrariando ese lugar común, que no es del todo falso pero que no puede ser generalizado, muchos inmigrantes radicados en el Plata sí pudieron retornar, y no necesariamente por haber sido menospreciados por ser “gringos”, o porque habían fracasado en sus tentativas de insertarse en el mercado de trabajo o de adecuarse a las pautas culturales de los países receptores. Son numerosos los casos en que, con el dinero obtenido en años de trabajo, los inmigrantes consiguen abrir empresas, asociarse y multiplicar inversiones no solo en las ciudades donde viven con sus familias, sino también en las regiones de Italia de donde habían partido años atrás. Se crean así redes transatlánticas de comercio, por las que circulan importaciones y exportaciones, además de recursos que sustentan a aquellos familiares que no habían dejado las comunas en que habían nacido. Esas redes suponen también tránsitos, en una y otra dirección, de pasajeros que van y que vuelven, conforme las demandas y necesidades impuestas por estas ocupaciones.

Ese fue el caso de Estevan Cordiviola. En 1854, algunos meses después del nacimiento de Adolfo, su último hijo, parte, probablemente sin la compañía de su familia, para Livorno, donde tenía propiedades, que alquilaba a comerciantes e inquilinos. Retorna a Buenos Aires en 1856, en el vapor “Rosita”. A principios de los sesenta, vuelve a partir, esta vez con su mujer y sus cuatro hijos, para Génova, donde residirán por varios años. Para ese entonces, su padre, Matteo, había fallecido;



Tomasa, su madre, residía en Génova y sus dos hermanas (al menos una de ellas, ya casada) permanecían en Lavagna. Su otro hermano, Gio Batta, aquél que se había embarcado rumbo a Gibraltar en 1840, se encontraba en Lima.

Piazza delle Vigne, Genova, 2019

En Génova, se instalan en un apartamento situado en Piazza delle Vigne, número 1, junto a la majestuosa iglesia, de origen románico y esplendoroso interior, de Santa Maria delle Vigne, una de las más antiguas de la ciudad. La ciudad, la región y el país eran, en ese inicio de la década de 1860, muy diferentes de aquellos que Estevan y Magdalena había dejado veinte años antes. Es la década decisiva de la unificación italiana, que comienza con la anexión, por parte de las tropas de Garibaldi, del Reino de las dos Sicilias, y el encuentro entre este y Vittorio Emanuele II en Teano, que simboliza el advenimiento de una nueva era para la

nación.

Robert Rive. Génova vista desde el Colegio de la Marina, 1860-1865, Estampa a la albúmina, cm 19,5×25



Epicentro de estrategias militares, ardidés políticos y oportunidades económicas, Génova asume un papel protagonista en el nuevo orden que comienza a construirse. De la fermentación nacionalista a la concentración del capital, de las innovaciones tecnológicas que la transforman imperiosamente a las incertidumbres de una guerra que parece nunca terminar, es una urbe em permanente ebullición, tal como aparece en las vistas de Robert Rive, el gran

fotógrafo de los monumentos de Pompeya, de Sicilia, de Roma. La señorial ciudad que había erigido los suntuosos palacios renacentistas y barrocos de la Strada Nuova es ahora una urbe moderna, con una inmensa estación ferroviaria coronando la entrada del puerto. Sobraban los motivos para que Estevan quisiese estar allí con su familia en esa encrucijada de tiempos y espacios en la que Génova se había convertido. ¿Sería solo por obligaciones comerciales? ¿Para pasar una

larga temporada con familiares y amigos queridos? ¿Para que sus hijos, que ya eran súbditos sardos, se sintiesen realmente italianos? ¿Por viejas lealtades patrióticas con los luchadores de la independencia? O, si no se inmiscuía en la fragua política, ¿al menos para leer con sus propios ojos esas páginas cruciales de la historia que allí, justamente allí, se estaban escribiendo?

Fueron unos pocos años de convivencia familiar, que se interrumpieron, por algún motivo que se nos escapa, en 1864, cuando Estevan decide viajar con su esposa Magdalena y su hija primogénita Adela rumbo a California. El 16 de abril recibe el pasaporte, donde constan sus datos personales: edad (50 años), estatura (“giusta”), color de ojos, pelo y cejas (negro), profesión (comerciante), nacido en Lavagna, residente en Génova. ¿Iría para realizar algún negocio en el promisorio oeste americano? ¿Viajaría después por el Pacífico a camino del Perú, para encontrarse con su hermano Gio Batta? ¿Cuál habrá sido el itinerario? ¿Habrán pasado algún tiempo en New York o en algún otro lugar de los Estados Unidos? Es este otro de los episodios que permanecen sujetos a hipótesis o invenciones que no podremos comprobar ni ratificar.

Mientras los padres y su hermana se marchan al exterior, los varones permanecen todavía algunos años en Italia. El mayor de los tres, Mateo, estudia en el prestigioso Collegio Convitto Commerciale de Génova, una institución que, siguiendo las teorías de G. Boccardo, había sido creada para promover la más moderna ciencia económica. Era el sitio ideal para el mayor de los hijos varones, donde se preparaba a quienes asumirían funciones relevantes en la máquina productiva. Allí se revisaba la historia del comercio y del crédito, los arcanos de la economía política, las leyes del consumo y del trabajo, las capacidades de la industria, todo bajo el lema de una irrestricta confianza en las evoluciones del progreso. Enrique y Adolfo, mientras tanto, estudiaban en Chiavari, y los tres permanecían bajo la tutela del tío Giulio Marini, el hermano de Magdalena, aquél que había sido testigo del casamiento de Estevan y Magdalena en Montevideo, y que, entonces residiendo en Lavagna, era, como dijimos, además el socio principal de su cuñado. Giulio sería otro caso de emigrado errante, y terminaría sus días, casado con Teresa Repetto, en Buenos Aires, en 1901. Para los tres muchachos, el interludio italiano se cierra el 6 de abril de 1867, cuando embarcan de regreso a Buenos Aires, para reencontrarse con sus padres y su hermana, a bordo del buque “Pamperita”, comandado por un paisano de Lavagna, el capitán Repetto.

Dos años después, el primer censo nacional, llevado a cabo en septiembre de 1869, durante la presidencia de Sarmiento, los encuentra viviendo en la calle Paraguay, número 195. El censo, mucho más completo que el de 1855, ofrece, por primera vez, un diagnóstico abarcador (excluyendo los pueblos originarios) de la composición demográfica de la República Argentina. El país tenía casi 1.800.000 habitantes. La ciudad de Buenos Aires contaba con cerca de 190.000 residentes, el 49% de los cuales eran extranjeros (la mitad de ellos, italianos). No siempre, sin embargo, el censo era exacto. En el caso de los Cordiviola, el censista que les tocó en suerte no se caracterizaba por su precisión. Además de transcribir el apellido como “Cortiviola”, indicó que Estevan tenía 51 años (en realidad, contaba con 57), Magdalena 44 (tenía 48), y anotó que los tres hijos varones, con sus edades casi correctas (20, 18 y 16), habían nacido en Génova, cuando de hecho, como vimos, Mateo era montevideano, y Enrique y Adolfo, porteños. Adela, por su parte, ya vivía en la calle Reconquista 126; desde agosto de 1868, estaba casada con el ligur Sebastián Repetto, acaso emparentado con el mencionado capitán del “Pamperita”, o con la esposa de Giulio Marini.

Todo parecía seguir sus cauces naturales, con los hijos creciendo y los negocios evolucionando favorablemente, entre la Argentina que se anunciaba como promesa y la Italia que se unificaba. Sin ser adinerados ni pobres, hacían parte de una incipiente clase media urbana en vías de consolidación. Pero el país que soñaba ser moderno, tierra de promisión para todos y de progreso sin límites, estaba todavía plagado de obstáculos que aún llevaría décadas para sortear: analfabetismo masivo, frágil y desigual sistema institucional, bajo nivel demográfico, deplorables

condiciones sanitarias. En la ciudad de Buenos Aires, la gran concentración de habitantes hacinados en espacios reducidos, la falta de agua potable y de recolección de residuos y la alta contaminación causada por los saladeros eran capaces de producir una trágica conjunción, que se manifestaría de la peor forma en el verano de 1871. A partir de enero de aquel año, se desató en la ciudad el episodio más devastador de su historia en número relativo de víctimas fatales: la epidemia de fiebre amarilla.

No era la primera, por cierto (otras hubo en 1852, 1858 y hasta en 1870), ni, en una ciudad con recurrentes manifestaciones de cólera, el único factor endémico que flagelaba a la población. Pero ninguno había alcanzado antes tamañas proporciones. Se atribuye a soldados que retornaban de la Guerra del Paraguay y a pasajeros procedentes de Brasil la diseminación del virus, sobre el cual muy poco se sabía, ya que el *Aedes aegypti* no había sido identificado aún como elemento transmisor. Los inmigrantes pobres, apiñados en los conventillos, también serían chivos expiatorios para explicar la propagación del mal. Al principio, las autoridades pretendían desestimar el brote epidémico, pero ante las evidencias, y los muertos que no cesaban de multiplicarse, tuvieron que tomar recaudos que, ante la gravedad de la situación, de todas formas serían insuficientes. Con escasos hospitales, pocos médicos y remedios inadecuados, las posibilidades de controlar la pandemia eran mínimas.

Los primeros focos se producen en San Telmo y en Montserrat, y rápidamente la mortandad se expandió por todas partes. Las primeras víctimas se registran hacia fines de enero, y van aumentando sin pausa hasta junio. Algunos, inclusive el presidente Sarmiento y las más altas autoridades, consiguieron huir para ponerse al resguardo de la infección, pero son muchos más lo que no tuvieron esa posibilidad. Entre los saqueos a las casas abandonadas y una creciente anarquía, en abril ya se computaban más de quinientos muertos por día. En el Cementerio del Sur, donde hoy se encuentra el Parque Florentino Ameghino, ya no había lugar para enterrar tantos cadáveres, y tuvo que ser creado para ese propósito otro espacio, en la zona oeste, en la Chacarita de los Colegiales. Con la llegada de los fríos, esa cifra tendería a disminuir, pero el saldo que entregaban esos seis primeros meses del año sería devastador. Las cifras oficiales arrojaron un total de 13.761 fallecidos. El mayor número de víctimas se dio entre los italianos (4993), seguidos por los argentinos (3411), los franceses (1492) y los españoles (1337). Estas cifras, que para algunos eran inferiores a las reales, fueron publicadas en 1873, con la descripción puntual de los difuntos por nombre, edad, nacionalidad, parroquia de residencia y fecha de defunción. La luctuosa *Estadística de la mortalidad ocasionada por la epidemia de fiebre amarilla durante los meses de enero, febrero, marzo, abril, mayo y junio* no incluye comentarios ni observaciones; son 300 páginas de tablas y tablas de nombres propios, que configuran una especie de réquiem silencioso, un reconocimiento último para tantos hombres, mujeres y niños que en muchos casos acabarían yaciendo en fosas comunes, en tumbas sin nombre.

La fiebre amarilla destruyó el tejido social de la ciudad, e interrumpió el devenir de miles de familias, entre las cuales estuvo la de Estevan y Magdalena. Enrique fue el primero a fallecer, el 14 de marzo. Tenía veinte años y todavía estaba viviendo en la calle Paraguay 195. El resto de la familia se había mudado a Suipacha 313, también en la Parroquia del Socorro. Allí fallecieron Magdalena, el 2 de abril, Estevan, el 4, y Mateo, el 11, durante el pico más álgido de la epidemia. Solo la primogénita Adela, y el hijo menor, Adolfo, ahora huérfanos, se habían salvado.



La célebre tela de Juan Manuel Blanes retrata con dramático realismo los penosos hechos de 1871. En la escena, que evoca un episodio ocurrido en algún conventillo de la calle Balcarce habitado por italianos, la madre yace en el piso, con el bebé tratando en vano de reanimarla, mientras el padre, también muerto, se adivina en las sombras, detrás de la puerta. Compungidos, los médicos Roque Pérez y Manuel Argerich, que después también serán víctimas de la peste, observan impotentes el desenlace. Con la mirada perdida, un adolescente descalzo, sofocando sus lágrimas, parece preguntarse cómo podría ser ahora la vida, o qué se podría esperar después de este aluvión de fatalidades. Adolfo, que tenía más o menos la edad de ese adolescente, seguramente no era tan pobre, pero había quedado en la misma situación de indefensión, expósito, casi solo ante el mundo.

¿Cómo habrán conseguido salvarse Adela y Adolfo? ¿Habrán escapado a tiempo refugiándose fuera de la ciudad? Es posible que, durante la crisis, las ya establecidas cadenas migratorias se hubieran puesto a funcionar, permitiéndoles a sus integrantes (aquellos que todavía podían hacerlo) crear estrategias de mutua protección y amparo. En semanas, el diez por ciento de toda la comunidad italiana de Buenos Aires había desaparecido. Hubo que reconstruir vínculos, economías, asociaciones, y crear otros nuevos a partir de la desgracia.



Juan Manuel Blanes. Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires (1871). Óleo sobre tela, 230 x 180 cm. Museo Nacional de Artes visuales, Montevideo

Para 1872, Adolfo continuaba viviendo en la calle Suipacha, ahora con su hermana Adela, su marido y los dos pequeños hijos del matrimonio, Elena Catalina y José Luis. Una década más tarde los encontramos a todos viviendo en Arenales 164. Esa es la dirección que aparece en su partida de casamiento. La elegida era también hija de italianos, la joven de dieciocho años María Ángela Figari. Adolfo tenía 31. Se casaron en la Parroquia del Socorro, el 20 de diciembre de 1884. La

hermana del novio, la única pariente directa que le quedaba, fue una de las testigos. En la foto de estudio que vemos arriba es retratada la joven pareja; ella parece algo sorprendida o impaciente, él, confiado, como si supiese que el futuro sería mejor, como si estuviera simplemente aguardando que todo comenzase finalmente a ocurrir.



María Ángela Figari y Adolfo Cordiviola, década de 1880

“De profesión comerciante”, decía en la partida. El joven Adolfo había heredado de su padre la habilidad para los negocios. No conocemos la exacta cronología de los acontecimientos, pero hasta fines del siglo había montado con un socio la firma “Cordiviola y Arzeno”, que en su época contó con dos sucursales (una en Belgrano 712 y la otra en Juramento al 2300), y se dedicaba a la comercialización al por mayor de productos comestibles importados y regionales. Ya en 1886 era socio de la Bolsa de Comercio. En tiempos de la *pax* roquista, cuando Buenos Aires, que ya había sido declarada capital de la República, crecía vertiginosamente, habrá visto llegar a miles y miles de otros inmigrantes, que, venidos de todas partes,

transformaban la gran aldea de antaño en una gran metrópolis. Después comenzó a trabajar en el ramo de los seguros, como funcionario de La Unión Mercantil, compañía creada en 1901. Durante toda su vida cultivó la pasión por las estampillas. En la filatelia, coleccionando preciosos objetos provenientes de países distantes y remotos, tal vez habrá podido ver un pequeño emblema de las riquezas del mundo, un espejo en el cual entender su propia vida y las evoluciones cosmopolitas de la ciudad en la que había nacido y había elegido para vivir.

Con María Angela vivió hasta sus últimos días, en 1939, en su casa situada en la calle Larrea al 1275. Cultivando la paridad de género, el matrimonio tuvo seis hijos: tres mujeres, Magdalena (1888), Margarita (1890) y Angélica (¿1895?), y tres hombres. El mayor de todos, nacido en 1886, era Esteban Luís, que en su primer nombre evocaba a su fallecido abuelo. Esteban, como sus tres hermanas, permanecieron solteros. El segundo varón, Luís Adolfo Cordiviola (1892), sería un pintor reconocido, con vasta producción y numerosas exposiciones realizadas. Casado con Riccarda Merzbacher, alemana hija de alemanes y también artista plástica, se especializaba en pintar animales, paisajes y motivos marinos bañados por el sol y las luces del día. Adolfo, el hijo menor (1896) trabajó, como su padre, en el ramo de seguros. También se casó, con Felisa Rojo, maestra, nieta de Camilo Rojo, quien fuera gobernador de la provincia de San Juan en tiempos de Sarmiento. Luís y Adolfo tuvieron hijos: dos el primero, tres el segundo. Y tuvieron nietos. Uno de ellos se ha puesto a rememorar aquí por escrito todas estas cosas.

## Bibliografía

- Araujo Villagrán, Horacio (1920). *Los italianos en el Uruguay (Diccionario biográfico)*. Barcelona: Escardó y Araujo.
- Bonvini, Alessandro (2018). “Los exiliados del Risorgimento. El mazzinianesimo en el Cono Sur”. En *Memoria y Sociedad*, 22, núm. 44, 42-65. Disponible en: <https://doi.org/10.11144/Javeriana.mys22-44.ermc>
- Contu, Martino (2014). *Desde el mar Mediterráneo a la otra orilla del Río de la Plata: la emigración sarda de Cerdeña a Uruguay entre los siglos XIX y XX*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Crolla, Adriana Cristina (ed.) (2013). *Las migraciones italo-rioplatenses. Memoria cultural, literatura y territorialidades / Susanna Regazzoni et al.* Santa Fe: Ediciones UNL, 2013.
- Cuneo, N. (1940). *Storia dell'emigrazione italiana in Argentina (1810-1870)*, Milano: Garganta.
- Devoto, Fernando (2002). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- González Bonorino, Jorge (2005). *La ciudad de Buenos Aires y sus habitantes 1860-1870. A través del Catastro de Beare y el Censo Poblacional*. Buenos Aires: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.
- Jarak, Diego (2018). “Leyendo imágenes. Tras las huellas de Esteban Gonnet”. In: Rodríguez Infiesta Victor y Riguiera Ruiz, Rebeca (eds.) *Lectura y lectores (1ª parte)*. Paris: PILAR editores, 119-135.
- Palamara, Graziano (2011). “El resurgimiento y la independencia latinoamericana. La percepción de las luchas allende el océano en la península italiana”. En *Cultura Latinoamericana*, 14 (2), 59-76.
- Parisi, Giuseppe (1907). *Storia degli italiani nell' Argentina*. Roma: Enrico Voghera.
- Tarragó, Griselda (2011). *De la orilla del mar a la vera del río. Navegantes y comerciantes genoveses en el Plata y el Paraná (1820-1860)*. Rosario: Prohistoria.

*Fuentes documentales*

- 1873 — *Estadística de la mortalidad ocasionada por la epidemia de fiebre amarilla durante los meses de enero, febrero, marzo, abril, mayo y junio de 1871*. Buenos Aires: Imprenta del Siglo (y de la Verdad).
- 1854 — *Primo elenco dei sottoscrittori per L'Ospedale italiano da erigersi in Buenos Aires sotto l'alta protezione di S.M. il Re di Sardegna*. Buenos Aires: Tipografía Argentina.